



Vista del exterior.

LA EMBAJADA BRITANICA EN RIO

Por Rafael de Aburto, Arquitecto

Acaba de terminarse la Embajada inglesa en Río de Janeiro, la primera que se ha hecho después de la última guerra. Su traza y todos sus detalles corresponden exactamente a la arquitectura de los célebres arquitectos ingleses del siglo XVIII, hermanos Adams; tan exactamente que, por ejemplo, las escayolas de la decoración interior se han vaciado en los mismos moldes que se emplearon hace dos siglos.

Que en Río de Janeiro, centro de la arquitectura más decididamente moderna de nuestra época, se haga ahora este singular edificio, tan importante y costoso, nos llena de asombro. A la vista de las fotografías del exterior e interior de esta nueva Embajada, dos arquitectos españoles, Rafael de Aburto y José María Sostres, han hecho los artículos que en estas páginas ofrecemos a nuestros lectores.

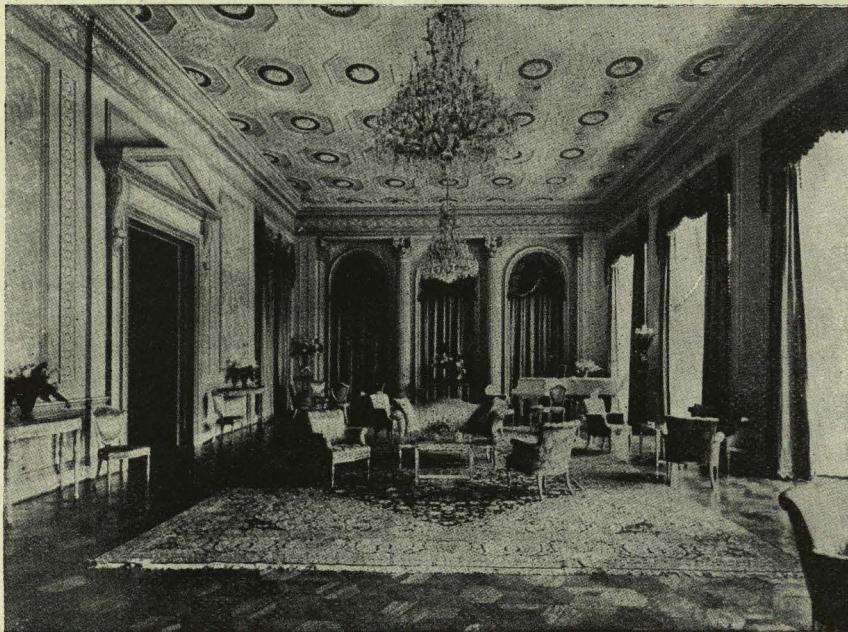
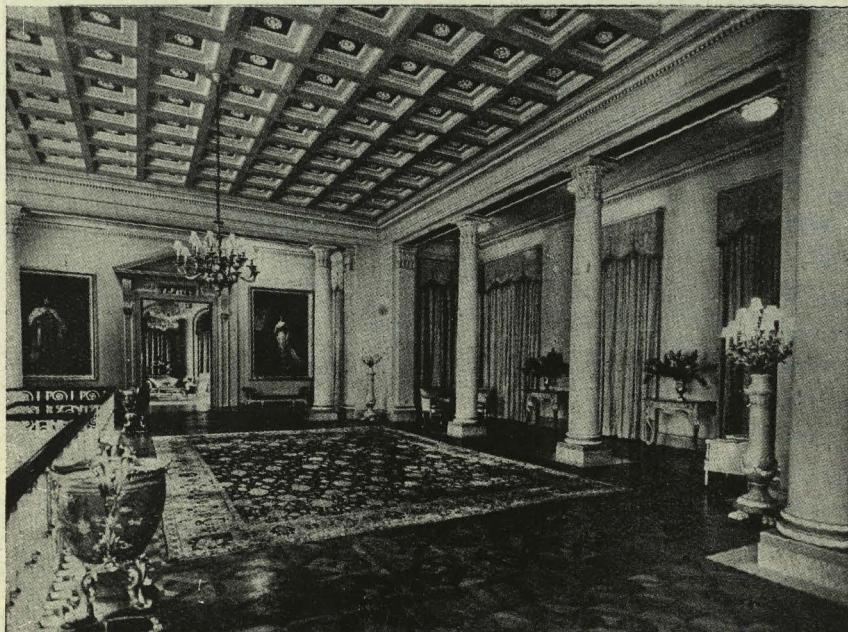
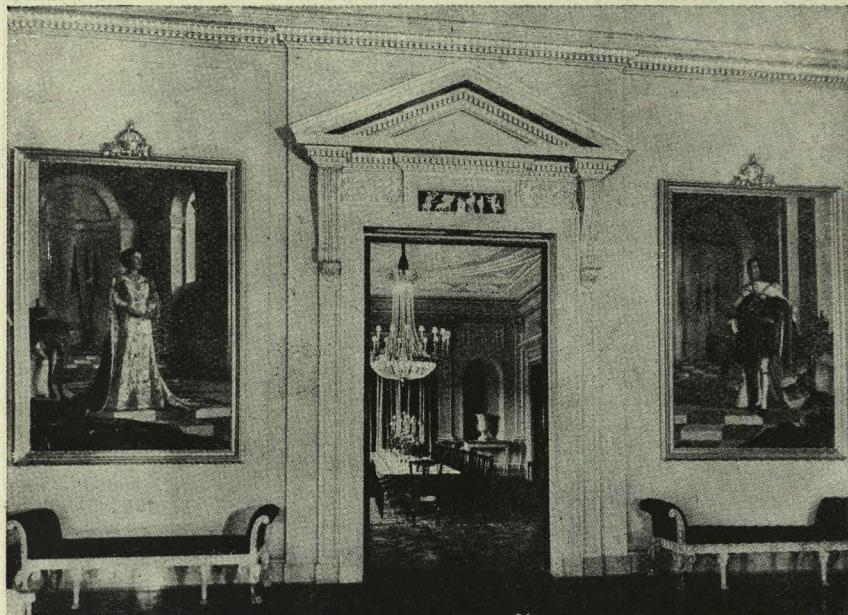
DRAMA EN UN ACTO

ACCIÓN: La selva del Brasil.—DECORACIÓN: Las que se acompañan.—Se abre el telón. Un personaje, todo él de gris, avanza por la intrincada selva hasta llegar a un claro, en el fondo del cual aparece la blanca fachada que muestra la fotografía.

PARLAMENTO

PERSONAJE 1.^o ¡Válgame el cielo! ¡Qué sorpresa! Debe de estar abandonado. Verdaderamente, para que luego digan que es lo mismo salir que entrar en un edi-

ficio. ¡Qué tentación! Penetrar furtivamente para mejor sorprender el latido íntimo de las cosas abandonadas a sí mismas, ¡ay!, del dolor y alegría de las formas, espacios, luces y sombras, hijas del hombre, sin la recomendación de él, inermes..., como así se me presentan. El conocimiento..., la violación. (*En el momento de traspasar el umbral se detiene. Se hace la oscuridad y hay cambios en la decoración.*) Nos avergonzamos de esta crueldad..., pero ya es tarde. Avancemos sigilosos, ¡de puntillas!, poniendo mucho cuidado de no pisar estos deslizantes tapices de Esmirna... ni tropezar, claro está, con los búcaros, en el intento de evitar aquéllos; vayamos eligiendo un adecuado asiento para dar un



punto de descanso a nuestra emoción... Entre tanta fragilidad, nos quedamos con aquella especie de Recamier, por ser la que tiene más patas. (*Se sienta y con voz queda exclama:*) ¡Suntuosa mansión! ¡Digno marco para la alta diplomacia! (*Después, más animado.*) Es la vieja Europa, que adelanta sus galas como una red tentadora para el incauto curioso. (*El silencio es completo. No hace ni frío ni calor. Con las flores, algo lejanas, domina un tusillo de alcanfor. Se ha elegido un fondo general casi blanco para mejor realzar las formas y los colores de cualquier cosa. Hay un orden constante, una escala para gigantes, una simetría rigurosa.*)

UNA VOZ: Eso es no decir nada.

PERSONAJE 1.º: No estoy solo, pero no veo a nadie. Sin embargo, ha sonado cerca. Bueno. Prosigamos nuestra crítica. Dentro del conjunto los frontones, las columnas, todo está en su sitio...

LA VOZ: No, señor; no estamos ninguno donde debíamos estar.

PERSONAJE 1.º: ¡Caramba, qué impertinencia! Las cortinas, las arañas...

LA VOZ (interrumpiendo): En las primeras, yo lo he visto, se limpian con disimulo los dedos pringados del «Toast»; las segundas no se encienden jamás; todo lo que se palpa es postizo, mientras lo que no se palpa sufre postergado.

PERSONAJE 1.º: Entonces, ¿por qué las colocan donde están?

LA VOZ: Ya estaban hechas. La invención se aplica cada vez más a lo material y no nos relevan.

PERSONAJE 1.º: No comprendo nada.

LA VOZ: Mire, señor. ¡Oh perplejo humano! Le voy a explicar. (*Con tono lígubre,*

Distintos aspectos de los salones de la nueva Embajada británica en Río de Janeiro.

como un quejido, añadió:) Viajamos mucho: ayer en Sebastopol, hoy en Brasil, mañana... Todo porque allí, en Londres, hay varias «formas», ¡malditas sean!, algunas de la época de la reina Ana. ¿Qué digo? ¡Y muy anteriores! Estas casas cuentan con catálogos como listas de pensados. ¿Quiere usted pabellón chino, oportuno para *gardenparty*? Lo encontrará en la página once, casilla tercera..., o bien la casa le recomienda departamento de soltero propio para la *season*, extendiéndose en detalles y recomendaciones veladas de intenciones turbias. Todo ello en la página treinta y ocho, casilla séptima; y, por fin, en la ciento catorce, se le ofrecen montajes completos de Embajada de Su Majestad, incluida la gestión diplomática garantizada, con varios precios, según las características del país donde vayan a radicar. Lo malo es—añadió con su voz cada vez más angustiosa—que a veces se equivocan tanto, que si consultamos en ediciones más antiguas la casilla correspondiente a todo este aparato que veis, nos encontramos con que estaba destinada para una gestión cerca de Catalina la Grande...

PERSONAJE 1.^o: Pero a todo esto, ¿quién es usted? (*La voz no contesta, oyéndose por toda respuesta un tintineo lejísimo, como del chocar de piezas metálicas. Más tarde, prosigue la voz.*)

LA VOZ: Nos han violentado una vez más de nuestro merecido reposo. Vea usted este frontón..., observe su

cansado semblante. ¿No le da lástima? Y esas columnas, que murieron como yo hace tanto tiempo, de cuerpo presente, haciendo el ridículo con un cometido superfluo, muy lejos del ambiente pretérito, donde, ¡ay!, debían de reposar, sin nuevas y penosas responsabilidades, amparadas por la protección de un museo bien ganado, sin duda, por la censura del tiempo. Pero no; por el contrario, otra vez en el suplicio. Si nos diesen un cuerpo digno a nuestra alcurnia y no limitados en vil materia, nosotros, que somos todo espíritu... ¿Hasta cuándo? Obligados a cumplir una tarea de guardarropía, los que nacimos para símbolos trascendentes, ¿es que no es éste un espectáculo conmovedor? Empujados hasta unos antrios de banalidad, nosotros, los nacidos para dar guardia a la oración. ¡Oh, tormento insufrible!

PERSONAJE 1.^o: ¿Quién es usted y de dónde viene?

LA VOZ: Vengo de un viejo castillo, allá en las costas de Escocia. Allí me llevaron, y cuando creí merecer el descanso, fui sacado de mi segundo sueño y acompañado por estos frisos, ménsulas y fustes, me destinaron como artículo de exportación para mayor gloria del Imperio. Provengo de la milenaria Memphis, y arrastrado hasta aquí, obligado como estas formas venerables a decir «¡Uuuuh!» y a agitar las cadenas. A mí, que soy el espíritu de Imbrotep, el hijo de Ptah. (*Tras un lamento agudísimo, enmudeció. El personaje huye al campo, compungido por la irresponsabilidad de sus géneros.*)

Entrada a la Embajada.

